

CUENTOS ESCOGIDOS PARA LA JUVENTUD



ALFONSO DAUDET

# CUENTOS ESCOGIDOS

PARA

## LA JUVENTUD

VERSIÓN ESPAÑOLA



CUADERNO SEGUNDO

MADRID  
AGUSTIN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS  
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10  
1889

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Es propiedad del Editor.



## EL FOTÓGRAFO

Como tenían aquel aire de pobreza, pues su mobiliario cabía en un carretón de mano, tuvieron que pagar el alquiler adelantado.

Un cuarto en el quinto piso de una casa nueva, en uno de esos boulevares en construcción, llenos de anuncios, de escombros, de solares vallados, tal fué la morada en que hubo de refugiarse nuestro fotógrafo con su desgraciada familia.

En aquel cuarto, compuesto de tres piezas, bastantes reducidas, se siente aún el olor á pintura, y la claridad que hay en él hace más triste la desnudez de sus paredes.

En primer lugar, se ve un taller pequeño con su cubierta de cristales y su sombría chimenea á la prusiana, preparada para encenderla si viene gente.

Las fotografías de la familia decoran las paredes de aquel pobre taller: el padre, la madre y los tres hijos, sentados, de pie, en grupo, separados, en

fin, en todas las posturas imaginables, se encuentran mezclados con algunos monumentos y algunas vistas alteradas ya por el sol.

Esto data del tiempo que estaban ricos, cuando el padre hacía fotografías para entretener el tiempo; ahora están arruinados, y no teniendo otro recurso de que disponer, ensaya sustentar á los suyos con su pasatiempo de los domingos.

La máquina, que los niños rodean con admiración, ocupa el lugar de honor en medio del taller, y sus brillantes herrajes de cobre y sus gruesos cristales bombeados, parecen haber absorbido todo el lujo de aquella pobre mansión.

Los demás muebles son pocos, viejos, rotos y carcomidos.

La mujer viste un traje color azabache de seda muy deteriorado, y el marido, por el contrario, lleva una elegante chaqueta americana de terciopelo negro



flamante y un gorro de artista coquetamente colocado en su cabeza calva y llena de ilusiones.

El pobre hombre se agita sin cesar, se cree ya célebre en su arte, y con cierto tono dice á los niños: «No entréis en el cuarto oscuro.»

¡El cuarto oscuro!

Se creería, al oírle, que es el antro de una pitonisa.

Y sin embargo, el desgraciado está muy inquieto, porque después de pagar el alquiler de la casa, la leña y el carbón, no queda un cuarto en la caja, y si los clientes no acuden, si la muestra no llama la atención de los que pasen por la calle, ¿qué comerán los niños para cenar? En fin, sea lo que Dios quiera.

La instalación está terminada; todo se halla pronto, y el éxito no depende más que del público.

El padre, la madre, los niños, todos se asoman al balcón, mirando si de tanta gente como pasa, alguno se fija en la muestra y sube; pero no; nadie se para ante ella. ¡Ah! Un caballero se detiene, mira los retratos uno á uno; parece alegrarse, va á subir. Los niños, entusiasmados, hablan ya de encender la chimenea; pero la madre, más prudente, les dice: «Esperemos todavía.» Y tuvo razón, pues aquel caballero prosiguió su camino. Pasa una hora, dos, el sol se nubla; sin embargo, aún podrían hacerse algunas pruebas; pero nadie sube. A cada instante se conmueven al oír pasos por la escalera cerca de su puerta; mas luego aquellos pasos se alejan; por fin, se oye la campanilla, abren apresuradamente, pero ¡oh cruel decepción! preguntan por el inquilino anterior. Entonces las caras se entristecen, y todos los ojos se preñan de lágrimas.

—No es posible, dice el padre. Es preciso que hayan quitado la muestra. Anda, ve á verlo, niño.

Un instante después éste vuelve á subir diciendo que aquélla está en su sitio, si bien nadie la mira.

Para colmo de desgracia, empieza á llover, se meten dentro y cierran el balcón. Los niños tienen frío; pero no se atreve nadie á encender la chime-

nea, porque no tienen más carbón que el que hay allí. La consternación es general; el padre recorre á grandes pasos la habitación, y la madre se encierra en su cuarto para que no la vean llorar. De repente, uno de los niños, que de nuevo se había asomado al balcón, toca á los cristales diciendo:

—Papá, papá, hay alguien mirando la muestra.

Y no se equivocaba.

Es una señora bastante linda. Mira un momento los retratos, parece titubear, levanta la cabeza... ¡Ah! Si todos los ojos que se fijan en ella desde arriba tuvieran el poder del imán, ¡qué de prisa subiría la escalera! Por fin, la señora se decide, entra en el portal, sube, ya está ahí. Pronto, una cerilla para encender la lumbre, los niños fuera del taller, y mientras que el padre mira si su gorro está bien puesto, la madre, conmovida y sonriente, se precipita hacia la puerta, que abre de par en par.

—Sí, señora, aquí es, le dicen haciéndola entrar y presentándole una silla.

La cliente es del Mediodía, algo habladora, pero muy complaciente.

La primera prueba está mal.

—¿Qué importa? dice aquella buena mujer. Volvamos á empezar.

Y sin la más mínima muestra de mal humor, apoya de nuevo el codo en la mesa y su cara en la mano, y mientras que el fotógrafo coloca los pliegues de la falda, se oyen risas ahogadas detrás de la puerta vidriera; son los niños, que se empujan unos á otros para ver á su padre poner la cabeza debajo del paño de la máquina y quedándose inmóvil.

¡Oh! Cuando ellos sean mayores, todos serán fotógrafos. Por fin, el retratista presenta á la señora una buena prueba todavía mojada. En aquel cristal blanco y negro ve ella con gusto su imagen, manda que le hagan una docena de copias, paga su importe y sale contenta.

Ya se marchó; la puerta está cerrada. ¡Viva la alegría!

Los niños, libres ya, bailan en corro

alrededor de la máquina. El padre, muy conmovido por su primera operación, se enjuga majestuosamente la frente, y luego, al anochecer, la madre baja apresuradamente á comprar la cena y un libro de asientos, porque es preciso tener orden en todas las cosas.

En aquel libro escribió el padre, con una hermosa letra redondilla, el nombre de la señora y la suma que entregó: doce pesetas. Y si bien es verdad que la cena, á la que añadieron una empanada de carne para festejar su estreno, algunas provisiones de combustible, de azúcar y velas, hizo que la partida de gastos igualara á la de ingresos, no se apuraron por eso, pues si en un día de lluvia y de instalación había habido tal entrada, los sucesivos tenían que ser mejores; y la noche se pasó formando proyectos.

Al día siguiente hizo un tiempo hermoso; mas nadie se presentó, y no hubo otro remedio más que tener paciencia. Así es el comercio; pero merced á que había sobrado alguna comida, los niños no se acostaron sin comer.

Al otro día, nada aún.

Las estaciones en el balcón empezaron de nuevo; mas sin novedad; y aquella noche, para cenar, hubo que empeñar un colchón. Dos días, tres, pasaron así. El desgraciado fotógrafo, completamente desesperado, tuvo que

vender su cazadora reluciente y su gorro de terciopelo, y no le quedaba ya más que deshacerse de su máquina y ponerse á trabajar de mozo en algún almacén.

La desconsolada madre y los hambrientos niños ya no se asomaban para nada á la calle; pues la creencia de que nadie pensaba en el taller de su padre les influía hasta el punto de olvidarse del muestruario, de la máquina y del cuarto oscuro.

Ya cuando sean hombres no serán fotógrafos. Pero he aquí que un sábado por la mañana, en el momento en que menos lo esperaban, llaman á la puerta.

Es una boda, una boda entera que invade la fotografía. Todos anhelan retratarse; son gentes sencillas que, no habiéndose puesto guantes más que una vez en su vida, quieren conservar el recuerdo de aquel día.

La entrada subió á treinta y seis pesetas; al otro día el producto del trabajo subió al doble, y en lo sucesivo ya no sólo no faltó nada á la familia, sino que pudo vivir con cierta holgura, proporcionarse algunas satisfacciones y atender á la educación de los niños.

Este es uno de los muchos dramas que ocurren con harta frecuencia en el misterio de la existencia en las grandes poblaciones.







## SALVETTE Y BERNARDOU

### I

Es el día de Nochebuena, y nos hallamos en una ciudad de Baviera.

Por las calles, blancas de nieve, llenas de bruma y ensordecidas con el ruido de los coches y de las campanas, los habitantes se agitan en alas del más riente deseo, afanosos de comprar algo extraordinario con que celebrar alegremente el Nacimiento del Hijo de Dios. Las tiendas se dejan ver por todas partes adornadas con cintas de todos los colores, y ramas verdes, al par que repletas de caprichosos juguetes, frutas y dulces.

Está anocheciendo, y á lo lejos se ve un triste rayo de sol, que parece despedirse con pena por no poder presenciar las mil y mil tiernas escenas, que en tal noche ocurren en el sagrado recinto de la familia.

Reina en la población tal alegría y hay tantos preparativos de fiesta, que cada una de las luces que se encienden en los escaparates parece colgada de un árbol de Navidad.

Y es que esta Navidad no es como las pasadas.

Nos encontramos en el año de gracia de 1870, y el Nacimiento de Cristo es un pretexto más para beber á la salud del ilustre Von der Thann y ce-

lebrar el triunfo de los guerreros bávaros.

¡Navidad! ¡Navidad!

Hasta los judíos de la baja ciudad están llenos de regocijo.

He aquí al anciano israelita Augusto Cahn que, corriendo, vuelve la esquina de la *Grappe bleue*; jamás sus ojos de hurón han brillado tanto; lleva en el brazo una cestita llena hasta los bordes, y cubierta con una servilleta, que deja ver el cuello de una botella y una rama de pino.

Es que el Hospital Militar se cierra á las cinco y que hay allí dos franceses que le esperan en esa gran casa oscura, con estrechas y enrejadas ventanas, en la que la Nochebuena no tiene para alumbrar su velada más que las pálidas luces que se hallan á la cabecera de los moribundos...

### II

Aquellos dos franceses se llaman Salvette y Bernardou. Son dos cazadores de infantería, dos provenzales del mismo pueblo, sirviendo en el mismo batallón y heridos por una misma granada. Salvette, más fuerte sin duda, se levantaba ya y daba algunos paseos desde su cama á la ventana; pero Bernardou se encontraba muy mal. Entre las



Salvette llenó los vasos.



cortinas de su cama, su cara parece cada día más delgada, y cuando habla de su país es con esa triste sonrisa de los enfermos, que encierra más resignación que esperanza.

Aquel día se animó algo más pensando en la hermosa fiesta de Navidad, que tanto se celebra en la Provenza, recordando la salida de la misa del gallo, la iglesia adornada y llena de luces, las calles del pueblo muy oscuras, pero concurridísimas; luego la larga velada alrededor de la mesa, las tres luces tradicionales, el alioli, los caracoles y la bonita ceremonia del *cacho frío* (leño de Navidad), que el más anciano, el abuelo, pasea alrededor de la casa y riega con vino cocido.

—¡Ah mi pobre Salvette! dice el enfermo: ¡qué triste Navidad vamos a pasar este año! ¡Si tuviéramos siquiera con qué comprar pan blanco y una botella de vino clarete! Me hubiera gustado, antes de morir, regar una vez el *cacho frío* en tu compañía...

Y hablando de pan blanco y de vino clarete, los ojos del pobre herido brillan; mas los desgraciados no pueden comprarlo, porque aun cuando Salvette guarda en el forro de su chaqueta un bono postal de cuarenta pesetas, ese dinero lo conserva para poder volver a su país el día en que se hallen libres. Es una cosa sagrada, y no hay que tocar a ello. Sin embargo, el pobre Bernardou se halla tan malo... Y ¡quién sabe si podrá algún día ponerse en camino para regresar a su patria! Y puesto que se puede todavía festejar la Navidad, ¿no sería mejor aprovechar la ocasión?

Estas reflexiones le movieron hasta tal punto que, sin decir nada a su paisano, Salvette descosió su uniforme, sacó el bono postal, y cuando el anciano Cahn vino, como todos los días, a inspeccionar la sala, después de un largo debate en voz baja, le entregó aquel pedacito de papel que, oliendo a pólvora y manchado de sangre, valía dos luises. Hecho esto, el buen Salvette toma cierto aire misterioso, se restriega las manos y se sonríe mirando a Bernardou. Como iba ya ano-

checiendo, se puso en acecho, con la frente pegada a los cristales, hasta que vió aparecer entre la nieve, por la plaza desierta, al anciano Augusto Cahn, con su cestita colgando del brazo.

### III

Esta solemne media noche, que todas las campanas saludan alegremente, es muy triste para los enfermos.

La sala del hospital está silenciosa y alumbrada tenuamente por las opacas luces que había suspendidas del techo. Grandes sombras flotan por encima de las camas sobre las desnudas paredes que parecen balancearse al compás de la respiración fatigosa de todos los enfermos allí encerrados, se oyen gemidos, mientras que de la calle sube un vago murmullo de voces y de pasos que se confunden. Voces alegres que hacen pensar aún con más melancólica tristeza al pobre a quien tienen allí sujeto sufriendo lejos de tanto ser querido en un día de tantos recuerdos.

—¿Duermes, Bernardou?

Sin hacer ruido alguno, Salvette colocó en la mesita, a la cabecera de la cama de su amigo, una botella de vino de Lunel y un pan redondo, con su rama verde plantada en medio.

El herido abrió los ojos, encendidos por la fiebre, y debido a la opaca luz que se desprende de aquellas lámparas, esta Nochebuena improvisada le parece fantástica...

—Vamos, despiértate, paisano... que no se diga que dos provenzales han dejado pasar la Navidad sin festejarla con un trago.

Y Salvette le incorpora con el cuidado que hubiera podido hacerlo una madre; llena después los vasos y corta el pan; brindan, conversan sobre su país, y poco a poco Bernardou se anima y se enternece.

El vino blanco, los recuerdos... y por fin Bernardou como en obsequio a los días de su infancia y su juventud, pide a Salvette que le cante un villancico en provenzal, y como éste no quiere más que complacerle, le dice:

—Veamos: ¿cuál quieres que cante?